

© Del texto: Daniel Nesquens, 2015
© De las ilustraciones: Pau Valls, 2015
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, abril 2015

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-678-7141-8
Depósito legal: M-4989-2015

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Nesquens, Daniel

Los loros no saben nadar / Daniel Nesquens ;
ilustraciones de Pau Valls. — Madrid : Anaya, 2015

96 p. : il. n. ; 20 cm. — (Sopa de Libros ; 175)

ISBN 978-84-678-7141-8

1. Imaginación. 2. Amistad. 3. Humor.

I. Valls, Pau , il. II. Título. III. Serie.

087.5: 821.112.2-3



SOPA DE LIBROS

Daniel Nesquens

Los loros no saben nadar

Ilustraciones
de Pau Valls

ANAYA



1

Me llamo David. Soy hijo único. Tengo un apellido impronunciable y una mascota de sangre caliente: un hámster sirio o dorado, que viene a ser lo mismo. El apellido «que nadie dice bien a la primera» me lo dio papá; el hámster, mi tío Alberto, con una jaula que tiene de todo, incluso una rueda metálica que gira y gira.

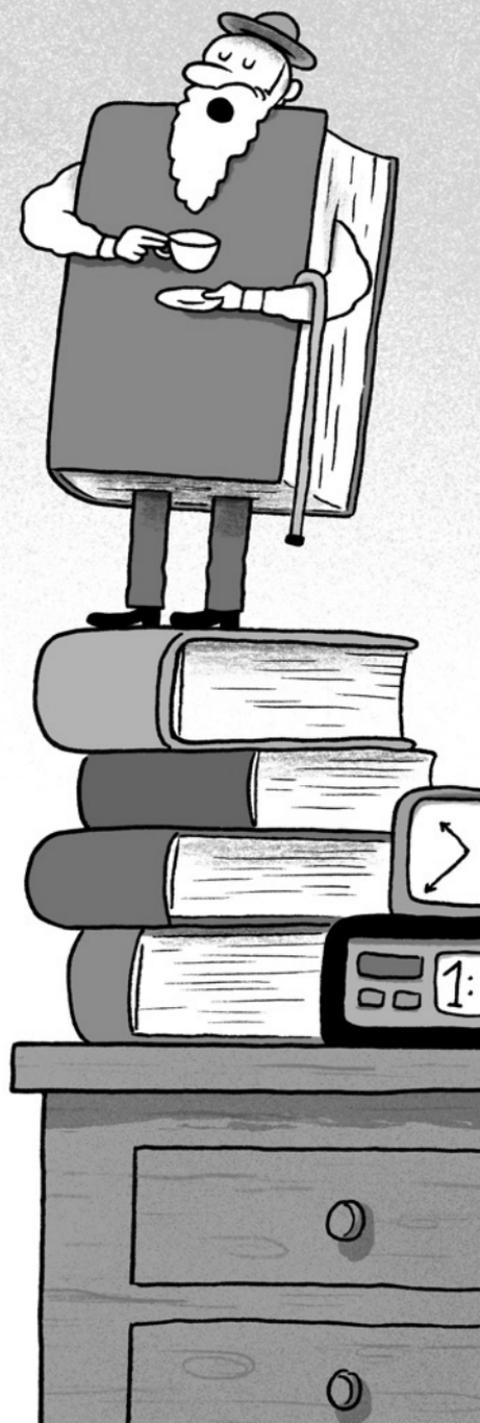
Aunque parezca mentira, no pretendo escribir mis memorias. Todavía no he cumplido los once años. Así que poco puedo contar. Si hubiese alguna ley o algo que me obligase a escribirlas, supongo que no podría alargarme más de unas pocas páginas. Lo que ocurre es que mi padre me ha visto aburrido y me ha dicho que pruebe a escribir algo.

—Algo. A, ele, ge, o. Ya está escrito —le he dicho, haciéndome el gracioso. Pero sé que le ha hecho poca gracia.

8 Mi padre apenas ve la televisión y, como no le gusta el fútbol ni los deportes, se pasa buena parte de las tardes y los fines de semana leyendo. Sobre la mesilla de noche siempre tiene cuatro o cinco libros. Y una lámpara. También tiene dos radiodespertadores. Uno suena a las siete de la mañana, y el otro suena a las siete y cinco. Por si se queda dormido. Igual debería tener otro que sonase a las siete y diez. Pero tanta cosa encima de la mesilla no cabe. Uno de los libros que está leyendo ahora tiene más de quinientas páginas, es una autobiografía.

Autobiografía: Narración de una vida o parte de ella escrita por el propio sujeto de la misma.

El marcador de lectura está en la página 111, capicúa. Lo sé porque lo acabo de mirar ahora mismo para escribirlo con exactitud. «Luego se fue caminando pesadamente en dirección a su coche», leo en un párrafo del libro, a mitad de página. No sé cómo se puede andar pesadamente, pero bueno...



Se trata de la biografía de un importante político británico que vivió más de cien años. Echando cuentas, salen a cinco páginas por año. A cinco páginas por año, a mí me saldría un libro de cincuenta páginas. O sea, nada.

Como me ha recomendado mi padre, voy a intentar escribir algo; algo que me sea cercano. Asuntos míos, de mi clase tan... tan particular, de sexto B. Y no lo digo por que cada dos por tres se estropeen los radiadores. O por que casi todas las ventanas cierran mal y se escapa el gato. O por que haya varias baldosas levantadas. O por la gotera que aparece sobre nuestras cabezas aunque no haya llovido en semanas. O por que alguien, en el siglo pasado, atornilló un globo terráqueo de plástico sobre la mesa de nuestro profesor y resulta imposible desatornillarla sin romper una buena parte del tablero de la mesa... Lo de particular lo digo por mis compañeros. Parecen que están sacados del reparto de una película de esas de Hollywood.

Podría empezar hablando de Fernando Sanmartín, que un día se presentó en clase con un sombrero mejicano, de esos tan grandes. Tan enorme que parecía un platillo volante. O por

Jenaro con jota, que acudió con una videocámara de alta definición que pidió prestada a su padre y la metió en el interior del cajón con la intención de grabar lo que ocurría dentro del cajón. O por Estefanía, que tiene nombre de princesa, pero que cuando no acude al cole con un siete en el pantalón, viene con un ocho en la camisa, o un nueve en el examen, porque eso sí, ella es una estudiante excepcional. O por Ernesto Atilae que plantó en un envase de yogur una piruleta para que creciese. O por Javi Carvajal, que metió una regadera dentro de su mochila con la idea de regar cada uno de los árboles que hay en el patio. O por Bernardo, que una buena mañana de lunes se encadenó a su silla reclamando el cierre de una central nuclear alemana.

—¡Y a ti qué más te da lo que ocurra en Alemania! —le dijo el jefe de estudios, más serio que un higo.

—Y si se juega allí un mundial de fútbol, ¿qué? —le contestó Bernardo, sin dar su brazo a torcer.

O por... Mejor comienzo por mi mejor amigo, por Roberto.

